AYER Y HOY

N.º 49

Septiembre - Octubre 1955

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955.

NUESTRA PORTADA

Dibujo de Rafael Gómez-Menor

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955.

AYER Y HOY

REVISTA ARTÍSTICO-LITERARIA EDITADA POR LA ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS

Año VIII • Redacción: Alfonso XII, 9 • Toledo, Sepbre.-Ocbre. 1955 • Núm. 49

DIRECTOR: CLEMENTE PALENCIA

El puente de Talavera de la Reina

Por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO

I

a) **La situación de Talavera.**

Desde los primeros tiempos, Talavera ha estado presente en el acontecer histórico. Su posición a la orilla derecha del Tajo, en una amplia terraza que domina al río, defendida al Sur por éste y al Norte por los próximos cerros de las Atalayas y las más lejanas sierras de San Vicente, en el paso de la más importante ruta que une la zona central con Extremadura y Andalucía oriental, disfrutando de fértiles tierras de vega, no es extraño que los pastores ibéricos hicieran de ella lugar de descanso para sus rebaños trashumantes, como lo demuestran algunas piezas del arte pastoril, consistentes en los toscos verracos que jalonan sus caminos y lugares de sombra y agua. El vadeo del Tajo se impondría como única forma de pasar a la orilla meridional; aguas arriba de Talavera se ensancha el río y en los años secos podría hacerse con relativa facilidad.

Los romanos se establecieron en Talavera y de su permanencia quedan abundantes testimonios epigráficos y tal vez algunas, casi arrasadas, cepas de un puente.

b) **La supuesta obra romana.**

Tradicionalmente se le llama romano al largo y maltrecho puente viejo que se extiende, divagante, desde casi las paredes del antiguo monasterio jerónimo de Santa Catalina, a los restos de las no menos viejas aceñas, sobre las que hoy se eleva la moderna fábrica de harinas.

Es extraño que los relativamente numerosos historiadores de Talavera no se hayan referido al origen de este puente, limitándose cuando más a describir brevemente o a negarle tan remoto pasado. Fita se refiere a que un puente antiguo, base sin duda del hoy llamado Viejo, dió nombre e importancia a la población vettona o lusitana que había en el lugar que hoy ocupa Talavera, que los romanos llamaron Cesarobriga, recordando alguna hazaña de César o por la reedificación por éste del antiguo puente, tal vez destruído en las guerras civiles, puesto que Cesarobriga «tanto quiere decir como puente del César».

A pesar de la afirmación de Fita no figura en la relación de los construídos por los romanos en su fructífera permanencia en nuestra península. Si a éstos nos atenemos, hay que pensar que el hoy viejo puente tiene más reciente historia.

En los años de estiaje hemos tratado de encontrar restos que confirmasen la popular creencia. Se conserva, aguas arriba e inmediata a la obra existente, una línea de arrasados estribos que presentan forma redondeada, parecida a la que se aprecia en los puentes romanos de Mérida y del Tormes.

A éstos hay que añadir que la población hispano-romana de la zona de Talavera fué importante, solamente en sus cercanías, y al Sur del río estaba «Lorbiga» y algo más alejada una villa que perteneció a Pompeyo y que conserva el nombre de «Pampajuela». Una calzada, partiendo de Toledo, cruzaba el Tajo por Talavera para alcanzar Trujillo, Medellín y Mérida.

Al lado del primer ojo del puente se observa una plataforma construída con piedra de sillería de buena labra, cuyo destino se desconoce; tal vez se trata del basamento de una torre que vigilase y defendiera el acceso por el río.

De no haber sido los romanos los constructores del primer puente, pasada esta época no hay noticias de que los visigodos hicieran tan importante obra, aunque la población de esos días y zona se hizo más densa y Talavera llega a ser cabeza de un obispado sufragáneo de Toledo.

c) **El puente medieval.**

De la obra que hoy queda son posiblemente iniciadores los musulmanes, primero, los cristianos repobladores, después, y, por último, los arzobispos de Toledo, señores naturales de Talavera y su Tierra.

La poca consistencia de la fábrica, su escasa o nula monumentalidad, la divagante línea de su traza, pudieran ser motivos para pensar en los musulmanes como constructores, al menos parciales, aunque nada dice de él, al tratar de Talavera, El Edrisi, que vive en el siglo XII.

Los arcos de ladrillo, muy en consonancia con el mudejarismo talaverano, algunos ojivales, son hechos que abonan la segunda de las afirmaciones, de que fueron los repobladores los que continuaran, reformaran o reconstruyeran parte del puente. Algún arco escarzano de ladrillo hace pensar en construcciones muy próximas a la Edad Moderna. Todo lo cual supone que habiendo sido desde su comienzo mal construído, hubo que repararle con la frecuencia que acusan sus diversas técnicas.

(Fragmento de su libro «Tres puentes sobre el Tajo en el Medioevo»).

SUMARIO

El Puente de Talavera de la Reina, *por F. Jiménez de Gregorio.*

Teresa de Jesús en Toledo, *por Francisco S. Hierro.*

El Toledo ignorado, *por J. Ruiz Ballesteros.*

Sección poética *(Pilar Vázquez Cuesta, J. Alfredo Egea, Luis Duro, Miguel Cortés, Antonio Meléndez).*

La Magua, *por Pedro Bargueño.*

Espejismos, *por F. Espejo.*

Acacia en Aldeaencabo, *por Francisco Zarco Moreno.*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955.

TERESA DE JESÚS EN TOLEDO

I

Toledo está de luto Ha llorado a uno de sus más queridos magnates y sigue sollozando.

Hace unos meses ha muerto el condestable de Castilla, Arias Pardo de Saavedra Lo que era alegría y alborozo en su palacio, es tristeza y llanto. Las doncellas no hablan sus amores y las damas sólo se atreven a hablar bajito palabras de un consulo inútil. Hasta el mendigo, que antes se acercaba confiado, se llega cauteloso, temiendo profanar un silencio sagrado. Pide su limosna, reza un Padrenuestro por el alma del difunto y se aleja de puntillas. La figura de la esposa del difunto se destaca en este fondo de penumbra. Su rostro de demacrada palidez muestra las señales de un intenso sufrimiento. Con frecuencia sus doncellas la sorprenden llorando e intentan consolarla con palabras vanales La traen para su distración todas las noticias que conmueven la ciudad, la última intriga, el último lance de amor, el último horoísmo y, también, cosa explicable en el Toledo de aquellos días, el último éxtasis y la última visión de la beata, que pasará al día siguiente el sambenito de penitencia. Entre todas estas cosas recogidas diariamente, solícitamente por dueñas y doncellas llega el nombre de Teresa, la monja extraordinaria, que ha tenido deliquios y visiones, arrobamientos y éxtasis, pero que no ha perdido sus calidades humanas. Esta monja, le dicen, no cabe en el catálogo de beatas ilusas. Sabe vivir en la tierra al mimo tiempo que en el cielo, y sabe ganarse corazones dulcemente, santamente. Doña Luisa se reanima y desea verla y saber su sonrisa y sentir el ingrávido vuelo de su toca monjil. Se siente amiga del P. Provincial, que puede permitir y mandar que Teresa de Ahumada venga a Toledo. Desea ver a la monja inmortal y manda sus peticiones al P. Provincial y lo consigue. Pronto verá a Teresa y sabrá la sonrisa que ahuyentará su tristeza En las Navidades de 1562, viene Teresa a Toledo con una compañera. Todavía no ha empezado su reforma, pero trae proyectos y espera el Breve de Roma para comenzar Llega a Toledo y entra por la puerta del Cambrón para subir al palacio de Doña Luisa. Llega fatigada con una fresca sonrisa infatigable. Y empieza ya su trabajo de disipar tristeza. En pocos días el palacio de los de La Cerda se renueva de alegría y devoción. Teresa ha traído la palabra justa para el consuelo y la palabra exacta del consejo. No está ociosa. Trae también inquietudes de maternidad y sale de la casa de Doña Luisa de la Cerda para tomar consejo y a veces para darlo. Pasa por las calles de Toledo armada de su sonrisa, y ve a las enamoradas que echan alfileres a la Virgen de los Alfileritos, y hace la señal de la cruz al pasar por delante de las cruces de los «Cobertizos», y va a la reciente fundación de los PP. Jesuitas para confesarse; «consolábame mucho, dice, que había casa de la Compañía de Jesús». Aquí en Toledo da los últimos retoques al proyecto de su Reforma, acaba el libro de su Vida, y de aquí marcha dejando a Toledo el regalo de su sonrisa.

II

Vuelve Teresa de Jesús, la que marchó, Teresa de Ahumada, el año 1568 para su quinta fundación. Cinco fundaciones en seis años. Y en el siglo XVI.

Teresa ya tiene suficiente personalidad para la anécdota. Su lenguaje ha adquirido la frase concentrada y gráfica para la descripción, para resumir una actitud, un personaje, máximo realismo. Están también llenas de eufemismo

Toledo vive el proceso de su Arzobispado Fr. Bartolemé de Carranza El Gobernador que le sustituye, Gómez Tello Girón, está difícil para la nueva fundación. Todos los emisarios que manda la Santa, fracasan. Teresa se determina a abandonar el ánimo del Gobernador con una acción del mejor gran estilo teresiano. Nos lo cuenta ella misma y no me resisto a copiar sus palabras, porque me duele enervar la energía de su frase:

«Y así me determiné de hablar al Gobernador, y enviele a suplicar que tuviere por bien de hablarme. Había ya más de dos meses que se andaba en procurarlo y era cada día peor. Como me vi con él, díjele: que era recia cosa que hubiere mujeres que querían vivir con tanto rigor y perfección y encerramiento, y que los que no pasaban nada de esto, sino que se estaban en regalos, quisieran estorbar obras de tanto servicio de nuestro Señor. Estas y otras cosas le dije con una determinación grande que me daba el Señor. De manera le movió el corazón, que antes de que me quitase de con él, me dió la licencia». (Fundaciones, cap XV)

Un letradito, Diego Ortiz, dificulta la fundación. Es uno de los encargados por el Patrono de la nueva fundación de negociarla con Teresa de Jesús y exige demasiado.

Un mocete, Andrada, «nonada rico», enviado por un fraile francisco llamado Fr. Martín de la Cruz, «muy santo», es quien más les ayuda en la fundación. Nos lo narra con viveza y gracia:

«El, estando un día en una iglesia en misa, me fué a hablar y a decir lo que le había dicho aquel bendito, y que estuviera cierta que en todo lo que él podía, que lo haría por mí, aunque solo con su persona podía ayudarnos, yo se lo agradecí, y me cayó harto en gracia y a mis compañeras más, ver el ayuda que el santo nos enviaba, porque su traje no era para tratar con descalzas».

FRANCISCO S. HIERRO.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955

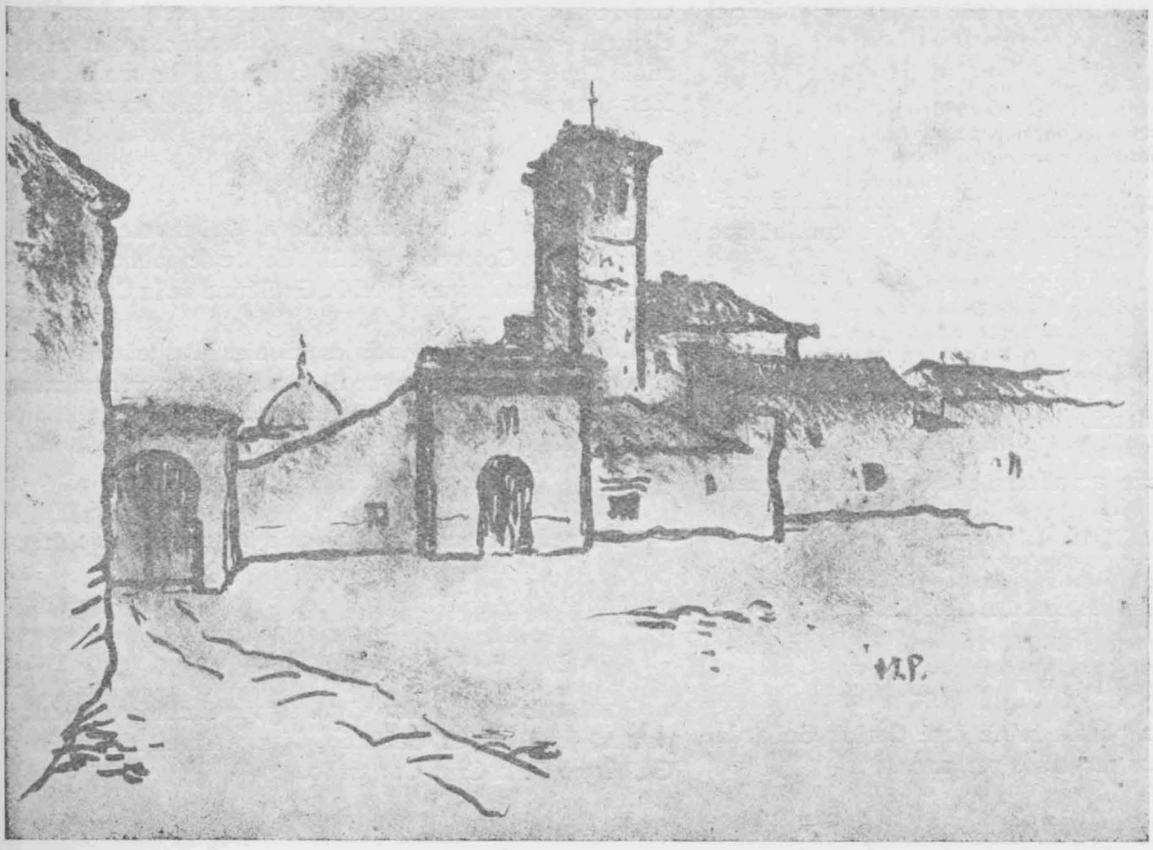
El Toledo ignorado

Si aún muchas novedades puede encontrar en Toledo el estudioso que al remover los archivos de su Historia, vea las páginas magníficas que sobre él escribieran Cervantes, Garcilaso, Bécquer, Galdós, Navarro Ledesma, Marañón y esa lista interminable de grandes figuras que nos permiten decir que en cada época algún personaje representativo descubrió en él una faceta desconocida, podríamos tener la impresión de que con estos antecedentes nos sería muy fácil conocer nuestra ciudad, y, quizá, el nombre de sus calles y plazas, sus leyendas, y los grandes hombres que en él habitaron nos resultarían familiares.

Pero, ¡qué distinto y, al mismo tiempo, maravilloso, es el tratar de penetrar en el alma de esta Imperial Ciudad! De aquí, el contraste ante lo que ocurre ahora; pues, aun cuando sea la época de mayor impulso turístico, al encontrarnos dominados por el afán y mal de estos tiempos, la prisa, los visitantes que hasta nosotros llegan no captarán, no ya los pequeños detalles que imprimen carácter a las cosas, sino que hasta aquellos monumentos mundialmente conocidos quedarán inéditos. Porque, ¿cómo comprender la sublime belleza de la Catedral en silencio, o el recogimiento místico de los muchos conventos, o las huellas de siglos de sus ocultas calles?

Y si se nos dice que son visitados, tememos que no pasará mucho tiempo para que lleguen a ser solamente el complemento de algún hotel, fábrica o espectáculo folklórico que sea organizado para «ocupar» el día dedicado a la visita turística.

Ya sabemos que es absurda pretensión querer cantar en un día las múltiples bellezas que la ciudad encierra; pero debe procurarse que el Museo de Historia y Arte de que disponemos, no quede inédito para la gran cantidad de visitantes que hasta ella llegan con ánimo de conocerla. Pues si se puede argumentar que una parte, y puede que hasta numerosa, no sepa entender o no se impresione a la contemplación de las bellezas que atesora, muchos de los que desearían captar todo su encanto guardarán la amargura de un viaje fallido, que tendrán que repetir si su fortuna o tiempo se lo permiten, pues se habrán, quizá, dado cuenta al paso por las comerciales calles de la capital, de la existencia de una calleja lejana que conserva todo el hechizo y misterio que encierra la Imperial Ciudad, o habrá visto tras la celosía de una ventana moruna el rostro enigmático de una mujer que parece observar como sorprendida una época distinta a la que ella parece no pertenecer y se dará



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955.

cuenta, aun visto de día, que el encanto nocturno de Toledo no puede ser captado con el simple paseo por el centro de la ciudad, mientras se le habla de precios o de temas de actualidad y se sorprenderá ante una torre mudéjar oculta en la distancia con toda la magnificencia de los siglos pasados, a la que no puede dedicarse más que una mirada, porque el tiempo le apremia con su horario inflexible, y se irán con la sospecha de lo que no han visto, sin comprender que es imaginable la emoción sentida ante el silencio de sus calles ocultas, el tintineo lejano de las campanitas de sus muchos conventos, el color de su cielo distinto, según las horas del día, y la luz de sus calles, filtrada a través de los huecos estrechos que dejan sus tejados, tan cercanos que parecen besarse. Y puede que hayan visto el Tajo, desde un coche que rápido les lleva hacia otros lugares; pero no oirán el susurro de sus aguas al abrirse paso entre las rocas que parecen querer estrangularle; y no verán los puentes mirándose en su corriente...

Han estado en Toledo, pero lo desconocen como el libro leído con prisa y saltando sus páginas. Por eso nosotros querríamos decirle: no lo cierres aún; detente y vuelve para perderte por sus calles solitarias que invitan a la meditación; haz un alto en las plazas y comprenderás al poeta, que en las noches de luna recita sus versos; son distintas y únicas, allí, en las Capuchinas, en Santo Domingo o en Santa Leocadia, sentirás el encanto de revivir la historia y el arte de siglos, para ti guardados, y comprenderás que Cossío pudiera decir maravillosamente: «Y cada piedra es una voz que habla al espíritu», y empezarás a sentirte toledano y necesitarás conocerlo en sus fiestas, y volverás en Corpus o en Semana Santa, o cuando necesites paz, porque en el silencio de sus calles podrás sentirte más cerca de Dios y comprenderás por qué la historia, la ciencia y el arte eligen para el recreo del espíritu a Toledo, toda ella museo, «peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades», según frase de Cervantes.

JENARO RUIZ BALLESTEROS

TRES LIBROS DE POESIA

La colección «La nube y el ciprés», de la Serie «Gallo», de Granada, publicó hace un año *Hombre caído*, de José Carlos Gallardo. Se trata de una situación de enfermedad, afortunadamente superada, que motivó en el autor esta derivación lírica hacia el mundo que rodea al ser que sufre. Todo dolor es una prueba para la sensibilidad del poeta. Y José Carlos Gallardo, agudísimo para percibir el sufrimiento, escribe:

«Un hombre en una cama
tiene los brazos fuera de la vida.
Oye audaz las palabras. Oye, a veces,
el frío pensamiento de los médicos».

Poesía de acendrada resignación, sin angustia ni pesimismo; siente el sufrimiento ajeno con más caridad que el propio:

«Pero ya —siete y media de este día—
has hecho que la luz tenga más ángeles,
que las cosas pequeñas tengan aún
más amor y también más lejanía».

Distribuída la colección de estos poemas del dolor en dos partes, reserva para la segunda trece sonetos, en los que brilla un cristiano agradecimiento para Aquel que le devolvió la salud:

«Conoceré tu paso en los cristales
o en el verde crecido de las hojas.
.....
Desde entonces iré, Señor, a verte
soltando por los ojos mis palomas
para que puedan ellas conocerte».

Voz de auténtica poesía la de José Carlos Gallardo, que derrama su dolor en versos perfectos.

* * *

Mario Angel Marrodán, termina de publicar «Carne de angustia, y lo hemos leído a continuación del anterior. Con análoga situación se diluye en este libro, dedicado al dolor moral, el alma transparente y atormentada del autor.

Las magníficas citas de Kierkegaad, Human Kind, T. S. Eliot y Calderón de la Barca, prueban sus afinidades con temas transcendentes. De acuerdo con sus motivos eligió el poeta versos libres, largos, filosóficos, con predominio de idea y fondo sobre la forma. Es de una admirable variedad dentro de un paisaje de silenciosa angustia.

* * *

Como contraste, leemos ahora «Primavera Austral» (núm. 4 de la Colección URIEL), donde se publican veinticinco deliciosos sonetos del P. Guillermo de la Cruz Coronado, C. M. F.

Los bosques y los apacibles paisajes brasileños mueven esta pluma privilegiada que llega a la perfección máxima del soneto; sirvan de ejemplo frases como

«Sol vesperal; alzado el vuelo de oro,
mana una sombra azul cada costado».

O aquella expresiva descripción del eucalipto doble:

«No subes tú, pero te sobra anhelo
de espacio, y lo repartes; de tu prisa
arranca el corazón con que la brisa
aletea en tu copa y coge vuelo».

AYER Y HOY se honra al consignar el nombre de estos poetas, José Carlos Gallardo, Mario Angel Marrodán y Guillermo de la Cruz Coronado.

C. P.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955

Mario Angel Marrodán

Poesía Femenina

PILAR VAZQUEZ CUESTA

Nacida en Chantada (Lugo) de padre gallego y madre castellana, tierras ambas que han dado un matiz de paisaje a sus poemas y un deseo de viajar. Vive en Madrid, y ha escrito sobre temas eruditos, entre ellos y en colaboración una Gramática portuguesa, siendo profesora de esta lengua en la Escuela de Comercio; conoce a fondo la poesía brasileña; ha publicado, en colaboración, «Tres poetas del Brasil», y entre otros autores ha traducido a Miguel Torga («Cuentos de Tras-os-Montes» (Colección «Botella en el Mar», Madrid), y una «Antología Poética» en la colección «Adonais»).

Apenas asomada con su poesía, todavía en vísperas de ser recogida, ha sabido ganarla con una honrada madurez y una difícil forma conseguida.

RESURRECCIÓN

Gracias, humildes cosas,
que me váis devolviendo suavemente mi alma.
¿Qué era yo sin vosotras
más que un poco de humo entre cuatro paredes?

Mi adolescencia terca quiso quedarse a solas,
no abrir la puerta a nadie,
echar por la ventana, como un lastre, la vida.
Tal vez sobre los muros de mi casa desnuda
podría recoger así un espejo
mi verdadera imagen.
Pero el vacío duele.
Siempre azul e impasible
no es ya el cielo ese mar
que surcan confiados nuestros sueños.

El viento inútilmente llamaba a mis balcones.
Las flores no veían en mis ojos opacos
reflejada su bella presencia fugitiva.
Y yo, muerta de frío, ni llorar ya podía
pues mis lágrimas eran como cristales muertos.

Gracias, humildes cosas,
que me váis devolviendo suavemente mi alma.
¿Qué era yo sin vosotras
más que un poco de humo entre cuatro paredes?

ASCENSION

Llego a la plenitud de la montaña
remolcando mi alma de pradera,
en busca de una lírica cordera
que organice, en amor, su yerba huraña.

El vértigo de Dios que me acompaña
se me vuelve tomillo en la ladera,
y mi latido ahuyenta a la certera
nube estival, paloma que me engaña.

¡Qué música en la carne, el aguacero
mojándome el aroma y la sonrisa,
pasándome por llanto de lucero!

¡Que crecerme la yerba tan aprisa,
qué sorda al caramillo y al cordero
mi lírica cordera, qué sumisa!

EL TONTO

Apareces huidizo en las esquinas,
acosado por perros y chiquillos.
A veces dices cosas jubilosas
y a veces cosas serias y profundas
que hacen pensar y nadie te comprende.
Tus palabras como hojas arrastradas
por viento abstracto, de árboles distintos.
Tu carne tan propicia a la pedrada
y a la espontánea risa de los simples.
¡Qué candíl apagado quedaría
por la divina mano encendedora!
A veces quedas rígido en la calle,
cruzado de cadenas inconcretas;
yo me acerco buceando tus pupilas
dos mares incoloros, diminutos.
Dices ser capitán... y campanero,
tener llenos de estrellas los bolsillos,
merendar rosas cuando estás alegre...
Acaso seas poeta naufragado...
mutilado mensaje en balbuceo.

Yo sé que hay mucha luz ya preparada
en espera de tu última pirueta.
Entonces te verán más seriamente...,
siempre tendrás cuatro hombres preparados,
con los hombros capaces a tu peso.
Los perros y los niños, asustados,
no acosarán tu risa de hombre tonto.

Después serás posible campanero,
acaso capitán de angelería,
profesional en rosas celestiales
o encendedor de estrellas en la noche.

JULIO ALFREDO EGEA

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955.

LLUVIA...

El cielo gris plomo llora
sobre el campo castellano...

Es una lluvia finita
que va calando, calando
las entrañas de la tierra
que ansiosa,
bebe su caldo...

Poco a poco los regatos
por los surcos van pastando...

El dulce verdor del suelo
parece que está cantando
una égloga de paz,
un dulce sueño aldeano.

La tierra sorbe sedienta
el maná que va regando
sus fauces duras, ansiosas,
encallecidas del agro.

ARREPENTIMIENTO

¿Qué es lo que siento, Dios mío,
qué se ha roto en mi interior,
que siento como un derrame,
que siento, que no soy yo...?

¿Qué me pasa, que se quiebra
el sonido de mi voz,
que me hace daño el pensarlo,
que yo, no quiero ser yo...?

¿Qué bucea en mis entrañas
que siento tan gran dolor,
y sin embargo al sertirlo
me siento morir de amor...?

¿Qué es ello, Señor amado,
que me hace pedir perdón,
que me hace llorar por dentro,
que inunda mi corazón...?

LUIS DURO MARTÍN

ÁRBOL

Tu sombra es paz y sosiego.
La música son tus hojas, y
tu todo, estás cantando.
Me extasío en tí, y
gusto tu espíritu.
Me estás hablando con tu risa
y yo te comprendo.

MIGUEL CORTÉS

TOLEDO

PRÓLOGO

Rasgó ¡tanto silencio
un toque de campana...!
que despertó a mi «Musa»
«en noche toledana»

NOCTURNO

Callejas retorcidas;
se besan los aleros...
y parecen pupilas
estrellas y luceros.

En un rincón oscuro
hay un Cristo amarillo:
le contempla la Virgen
de los siete cuchillos.

Huele a siglos de gloria
el ambiente hechizado:
hay sombras de Abadesas,
Capitanes, Soldados.

Resuena el pavimento;
cantan trasnochadores...,
y un farolillo antiguo,
alumbra con temblores.

Murciélagos revuelan,
y dan miles de giros...
y de un pecho que vela...
¡salen tristes suspiros!

Almenas desdentadas,
tapiado tragaluz;
murallas conquistadas
para poner la Cruz.

Recuerdas a Teresa,
a Fray Luis de León,
al Greco, a Garcilaso
y a un Rey Emperador.

Cual símbolo de gloria
y orgullo de una raza,
se recorta en el cielo
la mole del Alcázar.

Un pórtico bellísimo,
el Tajo, cual cristal,
y soñando un pasado...
¡Santo Domingo el Real!

Recuerdos de cautivos,
por no acatar las leyes,
lo ostentan las cadenas
de San Juan de los Reyes.

De tapias blanqueadas
surgen altos cipreses
del Cristo de la Vega,
que te indican le reces.

Ante El, Inés de Vargas
buscó amparo y abrigo,
y el Cristo bajó el brazo
haciendo de Testigo.

Del temple de su acero
tienes un pueblo sano:
en reveses, entero;
en su vida, cristiano.

La Luna ha embellecido
la noche toledana
y alumbra como a joya
la Catedral Primada.

¡Oh casitas de campo
llamadas «Cigarrales»...!
vivís con un sosiego
de cuentos orientales.

Os cantaron poetas
de gran inspiración,
en versos que dictaba
su propio corazón.

EPÍLOGO

Personajes del Greco
en cuadro de «El Entierro»;
¿sabéis por qué vosotros
fuísteis de Dios queridos...?

Porque le defendísteis
con firmeza de hierro;
y El en pago, en Toledo...
«el tiempo ha detenido».

ANTONIO MELÉNDEZ ALVAREZ-SANTULLANO

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955

LA MAGUA

Un cuento de PEDRO BARGUEÑO

Fué mucho más tarde, casi en el segundo curso de su bachiller isleño, cuando un día tuvo el conocimiento, de improviso, de que el mar no acababa en aquella cinta azul, que se ponía violeta a la hora del regreso y había que dejar la arena fina de Las Canteras. Las flores moradas siguieron después coloreando sus paseos de adolescente y amortajando sus juegos. Pero por el mar venían grandes barcos y un día entró en un enorme transatlántico a comprar en el «Barber Shop» un perfume extranjero. Olía mejor en el campo aquella esencia del frasquito. Le venía una gana nueva de desarropar las plataneras y morder el verde de las bananas. Y en la ciudad miraba, desde la balconada de pino espesa como una celosía monjil, pasar a sus compañeros del Instituto con un interés inédito.

Se quería marchar con los barcos y pasaba las horas frente a los grandes mapas murales y los dedos por los mares de papel azul. «Aquí está Las Palmas, como una oreja de Gran Canaria; y la Península aquí arriba».

Desde siempre había oído eso de «la Península». Luego se enteró de que había muchas penínsulas. Pero la que le gustaba era aquella de donde había venido papá. Qué bien hablaba papá. Ninguna palabra se le iba rodando por la pendiente de la cadencia y quedaban todas justas, como prisioneras.

—Papá, yo quiero ir a la Península. ¿Cuándo vas a llevarme a la Península? Don Rafael tenía una nube en la frente cuando Pinito le pedía esas cosas.

Y un día entre los días, vino la Península a la isla del corazón de María del Pino. Fué como siempre, pero a Pinito le pareció aquella una luz maravillosa. A veces se la escondía para alumbrarse un dentro que no sabía muy bien cuál era y, a veces, la sacaba a ver si brillaba más que el sol sobre las olas de los rompientes en el parque. Ello fué el día en que llegó a la casa aquel hombre de negro.

—¿Don Rafael Algorta?

—Pase usted. No está, pero vendrá en seguida.

El hombre se había sentado en el comedor. Pinito le miraba juguetear con los dedos sobre el jarrón japonés que algún barco habría dejado en «los Indios de Chanrai».

—Usted, señorita, es la hija de Don Rafael, ¿no es así?

—Sí; sí, señor.

—Hace varios años que no veo a su padre. No puedo detenerme demasiado. El barco zarpa dentro de dos horas. Usted ¿ha nacido aquí, en Canarias?

—Sí; sí, señor.

¿No sabía decir más que eso, «sí; sí, señor»? Hubiera querido contarle muchas cosas; sus cosas de chiquilla. Acaso teclear una folía en el piano. Pero aquel hombre era muy serio. Le daba miedo y confianza al mismo tiempo.

Por un momento desapareció de su cara aquel gesto hosco y cortés. Cuando el hombre se sentó al piano.

—Vaya, Don Rafael no olvida la música.

Crecían bajo su mano las notas de la folía, valientes como la lava de los volcanes canarios, y caían, como derrotadas, por alguna ladera infinita.

—No se me olvidó completamente. Su papá tarda, señorita. Mire, voy a dejarle esta carta.

Matilde, la criada majorera, iba y venía.

—Se la da usted a Don Rafael.

—Sí; sí, señor.

El hombre se estaba alzando. Sobre la cabeza de María del Pino se caían, doblados, todos los muebles de la habitación. De pronto sintió una llamarada que le subía por el brazo, como una lumbre fría que le sacudiera toda.

El hombre tenía en la mano, la mano pequeña de María del Pino, para la despedida.

—Tendrá noticias mías. Dígaselo usted. Y entréguele la carta.

Se cerró la puerta y a partir de aquel golpe seco, empezaron a abrirse muchas cosas en Pinito. Aquel día estaba más negra de nubes la frente de Don Rafael, cuando tomó la carta. Como los tornados de la isla. Y a los tres meses vino un sobre grande con muchos sellos de colores. «Australia». Y, en letras negras y redondas, la letra de aquel hombre. Ponía en el remite: «A. Suárez. P. O. Box 517. Melbourne. (Australia)».

Cuántos días y meses pasaron por aquel comedor. Cuántas veces las manos acariciaron el jarrón japonés y las teclas del piano, y cuántas horas Pinito, repitiendo palabras triviales, luchando con el tiempo a brazo partido para recomponer el gesto del hombre de Australia.

«Su papá tarda, señorita».

«No puedo detenerme demasiado. El barco zarpa...»

Le «oía». Y cuando, al caer la tarde, el sol tenía los violetas de siempre, se alzaba del sillón, y allí, muy cerca de la puerta, sentía otra vez aquella gangrena, aquella angustia dulce, sofocarla. La presión de la mano, y el brazo ardido, y el pecho incandescente, y el subir y subir a la cara de un vapor, de una lava. Y luego el desvanecimiento en el sillón de los brazos labrados; aquí ya oía la música también cayéndose, también desvaneciéndose por la ladera; la música de la folía vencida.

Matilde, la majorera, seguía pasando veces y veces por el comedor, siempre a pelar las mismas papas.

—Mi niña, usted tiene «magua».

Y María del Pino se quedaba varada en la sorpresa de sus diecisiete años ¡La magua! ¡El sentimiento de la isla!

Llegaron y se fueron muchos barcos de los ojos de Pinito. En el Puerto de la Luz los cambuyoneros gritaban y extendían los brazos como aspas de molino, desplegando grandes telas de colores:

—Five pounds!

—Four pounds!

—Three pounds!

Desatracaban aquellas ciudades a flote y con el crecer de las sirenas se abarataba la mercancía. Las últimas telas vendidas se arrojaban a los pasajeros, arrolladas como pelotas, desde el muelle. Y María del Pino iba y venía, como desarbolada, por el Muelle Grande. Y le sonaba en los oídos las despedidas de los emigrantes italianos:

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955.

«Poveretti di noi. Quando ci rivedremmo?»

«Es la magua, niña, es la magua» —le repetía la majorera desde el cazolón de papas.

«No puedo detenerme demasiado. El barco zarpa dentro de dos horas».

Y venía la folía y tapaba la cara de aquel hombre. ¿Cómo sería el hombre de Australia? María del Pino preguntaba a todas las cosas de aquel cuarto por la cara de aquel hombre; palpaba el jarrón, corría la mano por las teclas sin herirlas. ¿Era alto, tenía el pelo gris?

La majorera andaba algo achacosa. Pasaba, renqueando, un paño sobre el polvo de los muebles.

—¡Ay, Santa Ana!

El jarrón estaba en el suelo esparcido, roto y María del Pino sentía vagamente cómo algo destrozado se reconstruía en ella. Era como un mosaico de muchos pedacitos de colores que se iban reuniendo hasta formar una escena incomprensible. Como de vírgenes y santos en las estampas de los libros.

—¡Ay, Santa Ana! Bien empiezo el día de su santo, Pinito. Porque hoy es su día, niña. Esta tarde la llevará Don Rafael a Teror, a la finca, para que le rece a Nuestra Señora, la Virgen del Pino.

Daban las doce en la catedral cercana. Pinito se había detenido muchas veces a esta hora para oír las campanas en la plaza del Ayuntamiento. El canto de las campanas sonaba en las gargantas de los perros de bronce que lloraban con un ladrido de elegía su pasado, cuando a la isla aún no habían llegado los hombres. Con la última campanada, sonaron unos golpes a la puerta. María del Pino cruzó el comedor familiar y alzó el picaporte.

—¿Don Rafael Algorta?

Era aquel hombre de muchos años atrás; ahora le reconocía, pero no estaba el jarrón japonés ni el piano que Matilde hizo astillas. No estaba ni siquiera ella. María del Pino tampoco estaba. Y en el comedor no había entrado nadie. No había entrado nada.

—Pase usted.

—Mire, señorita. Le dejo los documentos de la finca de Teror. Es ya propiedad de ustedes. Estos son los títulos. Todo quedó liquidado. No puedo detenerme demasiado. El barco zarpa dentro de dos horas.

«El barco zarpa dentro de dos horas». Del corazón de María del Pino no desatracaba ningún barco.

—Salúdele en mi nombre.

—Así lo haré. Vaya con Dios.

Por la tarde llegaron a Teror Don Rafael y su hija. Teror, una isla en la Isla, rodeado de tabaibas y cardones, con su fuente mágica de agua mineral y, en el centro de la plaza, el pino grande de la aparición y el santuario de la Patrona de Gran Canaria.

Pinito entró de puntillas en la iglesuca. Era una sala impresionante aquella de los exvotos. Por las paredes, brazos, piernas, cabezas. Aquel lugar parecía una sala de tortura y era un templo de la fe. Los enfermos habían decorado las paredes con miembros de madera y la imagen aparecía rodeada por aquellos trofeos sin sangre. La muchacha llevó la mano a la cera caliente de un cirio y movía los dedos a prisa amasando una forma extraña. Pinito se encuentra diferente. Mueve los dedos. Está amasando un diminuto corazón de sebo que pone a los pies de la Virgen del Pino. Un corazón nuevo. Pinito tenía un corazón nuevo.

Cuando bajó a Las Palmas se fué como antaño al Muelle Grande y empezó a comprender la alegría de los cambuyoneros. Estaba en alza el mercado aunque anunciasen la marcha las sirenas:

—Three pounds!

—Four pounds!

—Five pounds!

Y los emigrantes partían contentos, con una luz de confianza en la frente y en la boca:

—Addio. Ci rivedremmo.

Y un día entre los días de la isla, la boca sibilina de la majorera sonaba en los oídos aprendices de María del Pino:

—Fué la «magua», mi niña. Mas nada. El sentimiento de la isla. Todos los barcos llegan. Con todos nos queremos marchar. La soledad, «la magua», niña. Pero luego, al atardecer, ya no se está más atada. La isla es una alegre hostería y todos ríen y la cerveza corre mientras se cambian los tiros de caballos. Era la «magua», niña. Mas nada.

NOTAS DE NUESTRA ASOCIACION

En la sesión de apertura de curso de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, pronunció un documentado discurso que tuvo por tema Tópicos sobre Toledo, nuestro asociado D. Guillermo Téllez González.

D. Angel Moreno Díaz ha sido nombrado Gran Oficial de El Kawkab, concedido el título en bellos caracteres árabes por el Gobierno del Reino Hachemita, de Jordania. Ya estaba en posesión de la Ordes de la Estrella del Jordán, otorgada por el anterior Rey de Jordania.

En carta privada de Darío Fernández Flórez sobre un artículo de Francisco Zarco Moreno, se nos dice... «He leído con verdadero interés ese cierto, pero penetrante y agudo ensayo que dedica a mi novela en las páginas de AYER Y HOY, *esa valiente y meritoria revista toledana; y quiero escribirle para que sepa que dejando incluso a un lado su generosa voluntad, pocas veces se ha interpretado mi obra tan desde dentro como tan desde ella misma y desde su autor...»*

También D.ª Rosario Benavente, hija del famoso dramaturgo español, nos escribe con admiración para el último trabajo del núm. 48 de AYER Y HOY, *del Sr. Zarco Moreno, diciendo que todos los personajes que cita están de acuerdo con la más absoluta realidad; el ambiente es el mismo que vivió el genial dramaturgo y que el artículo referido es de los mejores que se han escrito sobre el autor de «La Malquerida» y sobre sus protagonistas.*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955

CONTESTACIONES AL CUESTIONARIO

Algunos de nuestros asociados dan las siguientes soluciones a las preguntas que se hicieron en la pág. 9, número 48 de AYER Y HOY:

1.ª Efectivamente, nos agradan las excursiones que se vienen realizando, pero en nuestra opinión se pueden realizar excursiones de tipo más módico por ferrocarril. En ellas encontraríamos facilidades en el aspecto económico, ya que, al realizarse las excursiones colectivas, podríamos solicitar la tarifa reducida con el descuento vigente.

2.ª Cuenta esta pregunta con nuestro beneplácito, y respecto a la música de nuestra predilección, indudablemente clásica.

3.ª De acuerdo, puesto que en nuestra Sociedad y fuera de ella existen personas competentísimas, aunque en nuestra opinión, estas charlas deberían darse en el escenario del motivo de la charla.

4.ª Nos parece magnífica la idea, que ya se trató en otras ocasiones sin resultado positivo; esperamos que esta vez fructifique.

5.ª Estimamos que se pueden realizar estas visitas, pero siempre que vayamos acompañados de la persona más indicada para que efectúe la correspondiente explicación. No tenemos predilección por ningún museo, por estimar que todos encierran interés.

Aparte de esto, se podría crear lo que pudiera denominarse «Tarjeta de Estudio». Esta sería de carácter personal y serviría para visitar cualquiera de los monumentos de nuestra Imperial Ciudad para realizar los estudios pertinentes. Para ello, solicitamos de la Junta Directiva interceda cerca de «quien corresponda» para conseguir este permiso. Esto sería uno de los mejores medios para cultivar la afición por el arte.

6.ª Deben ser más frecuentes.

7.ª Con dos exposiciones al año creemos que está acertado. Más adelante, si suben en interés y número, se podrían ampliar a una más. En nuestra opinión deberían establecerse dos grupos de expositores: 1.º Aquéllos que realicen o realizaron estudios superiores de Arte, como asimismo cuantos obtuvieron algún premio en anteriores exposiciones de «Estilo». 2.º Expositores noveles y los que no obtuvieron premio en anteriores exposiciones. Los catalogados en el grupo 2.º que deseen exponer con los del 1.º, podrán hacerlo, pasando automáticamente, a efectos de futuras exposiciones, a formar parte de los catalogados en el 1.º, sin que ya se encuentren con ningún derecho a formar parte del 2.º. Estos grupos se hacen con el fin de que haya equilibrio a la hora de los premios. Estos se podrían otorgar moral y materialmente, es decir, al mismo tiempo que se da un premio en metálico, se conceda una medalla o diploma, tanto para los del 1.er grupo como para los del 2.º.

8.º Teniendo en cuenta el apartado *d)* del art. 2.º del Reglamento por el que se rige nuestra Asociación, en el que dice: *Esta Asociación creará y sostendrá un salón en el que se instalará un Estudio-taller,* pedimos los firmantes de este Cuestionario se lleve a efecto este apartado por estimarlo de vital interés, ya que ello supondría un lugar en el que poder dedicarnos a nuestras actividades.

Toledo, a veinte de Octubre de mil novecientos cincuenta y cinco.

* * *

FIRMAN EL PRESENTE CUESTIONARIO:

Miguel Cortés, Manuel Santiago, Francisco García, Francisco Robles, Armando Fernández, Félix Villamor, María Quismondo, Julián García, Juan Jiménez, Tomás Delgado, Federico Béjar, María del Pilar Hurtado, Vicente Quismondo, Fernando Manzanares y Manuel Romero Carrión.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955.

"ESPEJISMOS"

I

Parafraseando a Salustio Crispo, ¿podremos decir algún día: «Iustitia nobili genere natus *fuit* magna vi et animi et corporis, sed ingenio malo pravoque»?

Nos felicitan por la vida que llevamos: vida dificultosa, que no sencilla como ellos quieren hacernos creer. Falso halago con el que pretenden convencernos de que nuestra estrechez es envidiable.

A veces nos recomiendan humildad de tal forma, que el solo hecho de creer en la verdad parece una incalificable soberbia.

Para nuestra vergüenza, existen hombres tan pobres que no pueden conocer la humildad.

Si al menos contemplásemos la pobreza como un espectáculo pintoresco, la caridad no tardaría en aparecer.

No es lo mismo ser vanidoso o soberbio, que no ser humilde.

No olvidemos la aclaración que nos legó Paulo: «Non omne quod licet honestum est».

II

Queremos el todo y nos quedamos en la parte; queremos el amor y nos quedamos en la lujuria. De ahí la incomprensible fidelidad de algunos hombres salaces, mientras dura la libídine.

Don Juan conoce todas las facetas del amor, menos una, la dulzura de una negativa que significa: «¡Vuelve mañana!».

El matrimonio no es amor: es una de sus consecuencias, como también puede serlo de la conveniencia.

Algunas veces, los hijos enfrían un matrimonio, cuando las madres actúan como si los padres tuviesen —con respecto a sus hijos— todas las obligaciones y ningún derecho.

La maternidad es una cosa muy grande, pero las madres están sobradas de vanidad y soberbia.

Amor y amorío: contrición y atrición.

La úlcera de estómago es al sibarita lo que el beso es al enamorado: el comienzo de los dolores.

III

La mayoría de las reuniones sociales sostenidas por un mecenas, son un restaurante gratuito o de bajo precio para aristócratas sin herramientas y para artistas anodinos que pretenden pagar en especie.

Toda cursilería es expresión de una verdad.

Cuando una bella y agradable idea se imponga en tu espíritu por la incontenible fuerza de una ejemplaridad férrea, sin claudicaciones, huye de ella, porque es errónea.

Y sin embargo...

Libertad y cadena; sugerencia y sugestión. Triste sino el de los que se dejan arrastrar, aunque sea al bien.

A la larga, la mayoría de las grandes revoluciones políticas, lo que consiguen es el cambio de un adjetivo por otro, o en el mejor de los casos, la alteración de una oración gramatical.

Recordemos que algunos han ganado el Cielo por desagradecidos.

Cuántas veces el hombre va por el camino más duro. Por eso abunda tanto la injusticia.

IV

Un hombre perdona, más o menos públicamente, a una mujer, y entonces suceden dos cosas: la primera, un acto loable; la segunda, el comienzo de un odio.

Preguntarle la edad a una mujer, nunca es una indiscreción; la única indiscreción suele estar en la respuesta de ella.

En su interior, toda mujer espera del hombre que la haga la eterna pregunta —con palabras o con silencios—. Unas veces, para aceptar, y otras, para consolarse con una negativa de su forzosa espera.

Cuántas veces nos sentimos desconcertados al notar fija en nosotros la mirada de aquella mujer a la que dijimos todo, menos aquello que temía oír.

Si quieres que una mujer te aborrezca, pídele todo aquello que te pudiste tomar en silencio.

Todos nos hemos encontrado alguna vez con una mujer doblemente mentirosa: nos entregó algo que nos había prometido con la mirada.

Hombre y mujer: las cosas para vivir y vivir para las cosas.

V

Un espíritu estrecho es el que pretende convertir, para los demás, un «puede ser» en un «debe ser».

No adoptemos la ruín postura de atribuir a otro un honor, cuando dicho honor o su atribución enmascara una claudicación nuestra.

Estamos un poco hartos de objetividad subjetiva; debíamos ser subjetivos objetivamente.

Si quieres poner a prueba un arrepentimiento, perdona la culpa y mantén la pena.

Se es lo que se es, y no lo que se ha sido. Hay quien no es lo que es, ni siquiera lo que ha sido; siempre ha sido, es y será un «ex».

Hemos llegado al colmo de la injusticia; juzgamos al prójimo por lo que no han hecho, pero pudieron hacer. Si Dios obrase así, todos terminaríamos llorando y rechinando los dientes.

Para valorar la obra de un hombre, hay que sopesar: lo que no quiso hacer, lo que no le dejaron hacer y lo que él no dejó hacer a los demás.

FERNANDO ESPEJO

Hemos recibido los últimos números de *Alne* (con colaboración de nuestro asociado Julián Lanchas), de *Malvarrosa*, de *Alcalá*, *Consigna* y *Uriel*, que dedica este núm. 4 a los poemas brasileños, con el título de «Primavera Austral», del P. Guillermo de la Cruz Coronado, C. M. F.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955

ACACIA EN ALDEAENCABO(*)

II

El primer acto de «Los intereses creados» fué escrito en Aldeaencabo. Le escribió Benavente recién llegado de Madrid y debió darse cuenta de que aquellos aires, aquel «clima», como diría Maurois, no le iban bien a su «Comedia dell'Arte». Benavente sabía casi siempre donde debía estar cada cosa, cuándo y cómo debía hacerse, y por eso su teatro es exacto y riguroso.

Sus temas...; el mismo Shekespeare no tiene uno solo sin claros antecedentes. Benavente es un «pintor de costumbres», de retratos y de época. Si ésto lo hizo bien, a ello se debe su éxito.

«La Malquerida», ¿tiene alguna base real con persona o circunstancias conocidas en Aldeaencabo? No es fácil. Lo único «localizable» en «La Malquerida» es su ambiente, su léxico y su emplazamiento.

Benavente gustaba rodearse de las gentes del pueblo y oirlas contar y expresarse. De esta forma, aquí cogía una exclamación, de allí un destello de humanísima psicología, de aquel otro lado un retazo de negra historia contada al oído...

Quien no conozca los pueblos no conoce esos decires. Pueblos que hacen el «coro» a la mínima situación. Pueblos de cazadores montaraces...

«La» Dominica de «Señora Ama», parece ser más real e identificable. Azorín, en un «Esquema de Benavente» (4), concebido para ayudar a todo aquel que escriba sobre D. Jacinto, decía en uno de sus apartados: «Benavente y el pueblecito y el campo en «Señora Ama».—Compleja psicología de una labradora toledana, Dominica, la señora ama, que ha sido educada como una señorita de la clase media en un colegio de Talavera».

Agradecemos a Azorín la «ayuda» por su esquema, pero al más ciego le saltaría a la vista la importancia como tema de estudio en la obra benaventina, su relación con «el pueblecito y el campo y la labradora toledana de complicada psicología».

Todo lo viejo es complicado y estos labradores toledanos lo son más que nadie. Norberto y Juliana, Dominica y Feliciano, pero más que ninguno Acacia y «el Rubio» de «La Malquerida».

Dejemos de momento «Señora Ama» y sigamos analizando a los personajes de «La Malquerida» y los términos en que se expresan y hablan.

De principio y aunque parezca lo contrario, la verdadera protagonista del drama es Acacia. Su presencia, aunque en apariencia sea callada, pasiva y de segundo plano, es la que provoca todo el conflicto dramático. Su silencio y su quietismo, casi oriental, desconcierta y aturde. Latente bajo ella y bajo toda la acción, están sus malos pensamientos. Es una criatura de difícil definición. Tortuosa, insatisfecha, turbia.

Es su cerebro un mare mágnum de ideas que ella misma no puede poner en orden.

Habrá momentos que quiera vivir tranquila, desechar esa malsana pretensión que late escondida en su mente. Pero no puede. Una fuerza irresistible la lleva, la empuja a pensar continuamente, consciente o inconscientemente en ello. Es el drama de la presencia física.

Esteban «sabe» que si Acacia se casa y se va de su lado, de la casa de su madre, todo terminará. Acacia, mentalmente es normal vista, desde otros ángulos vitales.

Nos la imaginamos alta, de constitución sana, morena y de pelo negro, de cuajadas carnes y ojos grandes. Un rostro ovalado, dulce y sereno. Un semblante engañoso por su placidez...

La imaginamos tal como ha sido su intérprete en París y tal como es, por tanto, Amparo Rivelles. De una belleza serena y desconcertante. En el interior de estas criaturas corren ríos escondidos y tumultuosos...

Da la coincidencia (?) de que dos de las mejores intérpretes de esta Acacia benaventina, han sido, en el intervalo de 42 años, dos actrices que son a la vez madre e hija. Se trata, como es natural, de María Fernanda Ladrón de Guevara y de la ya citada Amparo Rivelles (5).

Dos actrices tan desconcertantes y complejas como la misma Acacia de «La Malquerida».

Acacia se mueve durante toda la obra como si padeciese sonambulismo. Atraída hacia aquel malquerer. Al final, esa es la impresión hasta física que nos produce su reacción. Parece como si se despertara ante el disparo que mata a su madre. Acacia entonces reacciona, pone las ideas en orden y desecha esa angustiosa pesadilla en la que ha estado sumida. Para ello ha sido necesario que la tragedia se consumase, ha sido necesaria una violenta sacudida psíquica. Sin embargo, Acacia, elemento provocador, queda salvada.

Estas son las últimas palabras de Raimunda y de la obra, mientras Acacia llora sobre su madre muerta:

Raimunda.—¡Ese hombre ya no podrá nada contra ti! ¡Estás salva! ¡Bendita esta sangre que salva, como la sangre de Nuestro Señor!

Raimunda es una mujer sencilla, vulgar. Débil incluso al tener que arrostrar un segundo matrimonio. Hay un momento de grandeza, sin embargo, en ella como en todas las mujeres, el momento de defender a los hijos, porque precisamente creemos que ese es su grandioso destino. Y Raimunda defiende incluso a Norberto.

Esteban...—Pero, ¿pué saberse lo que estás diciendo?

Raimunda.—Si yo no digo na, si lo dicen toos, si lo dirá muy pronto la justicia, y si no quieres que sea ahora mismo que empiece yo a voces y lo sepan todos. Escucha bien: tú que los has traído, llévate a esos hombres que aguardan a un inocente para matarlo a mansalva. Norberto no saldrá de aquí más que junto conmigo, y pa matarle a él tien que matarme a mí... Pa guardarle a él y guardar a mi hija me basto yo sola, contra tí y contra toos los asesinos que tú pagues... ¡Mal hombre! ¡Anda ya y ve a esconderte en lo más escondío de esos cerros, en una cueva de alimañas...!

Por lo demás, Raimunda se limita, como todas las mujeres de nuestro agro e incluso de nuestras ciudades, a gritar y rezar, con un recuerdo, eso sí, constante y conmovedor hacia la madre del muchacho asesinado.

Engracia..—Todos lo dicen. Norberto ha sido.

Fidela....—Norberto no, puede haber sido otro.

Raimunda.—Milagros, hija, enciende esas luces a la Virgen y vamos a rezarle un Rosario, ya que no podemos hacer otra cosa más que rezarle por su alma...

Gaspara...—¡El Señor le haiga perdonao...!

.....

Raimunda.—(gritando) ¡...y esa madre, Señor, esa madre, esa madre...!

La idea maternal consume toda su existencia. Amor grande, sublime; de madre que defiende a los cachorros como una leona. Ama, piensa, ríe, sufre y se inmola por ellos.

Inconsciente, aturdida por las continuas maldiciones que dirige a Esteban (final del segundo acto: —¡Mal hombre!, ¡Mal hombre!, ¡Mal hombre!), Raimunda intenta a última hora una solución peligrosa.

Unir a «la» Acacia y a Esteban como a padre e hija. Raimunda, aterrorizada, tiene que presenciar la bur-

(*) En el número anterior, la palabra Aldeaencabo, apareció como Aldeancabo, debido simplemente a una constante y «viciada» obsesión.

(4) Diario «A B C» del 10 de Agosto de 1954.

(5) «La Malquerida» se estrenó en Madrid en el Teatro de la Princesa, en la noche del 12 de Diciembre de 1913, con arreglo al siguiente reparto: Raimunda, María Guerrero; Esteban, Fernando Díaz de Mendoza; Acacia, María Fernanda Ladrón de Guevara; Rubio, Ernesto Vilches.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955.

da reacción que tienen ambos como hombre y mujer simplemente. La pasión nunca fué más visible y descarada. El juego de Raimunda ha sido peligroso. Ella misma aceleró el final. Es una mujer sencilla y vulgar. Acercó el fuego a la estopa.

Esteban es un abúlico. Le obsesiona una realidad física y se ve perseguido sin saberse desprender de ella. Escoge el camino más sencillo. Se deja llevar. Va tomando resoluciones torpes, va alargando con malas artes una situación que a la postre tiene que terminar de mala manera. Impide una boda y empuja al Rubio a cometer un crimen. Esteban es un prisionero de sus pasiones. Termina siéndolo del Rubio y al final de la justicia.

El Rubio, junto a Acacia, es el otro personaje interesantísimo de la obra. La ambición de éste, que fué el mando, puede ahora explayarse y hablar de igual a igual en casa de los amos, gritar, e incluso amenazar. Sus primitivos deseos están satisfechos.

Rubio.....—Deje usted que pregonen; usted es la que tié que callar.

Raimunda.—Porque tú lo quieres. Pues mira que solo de oírtelo a tí, ya me entran ganas de gritarlo ande más puedan escucharme.

Rubio.....—No se ponga usted así, que no hay razón pa ello.

Raimunda.—¿No hay razón y habéis dao muerte a un hombre? Y ahí tenéis a otro que han podido matar a causa vuestra.

Rubio.....—Y ha sío lo menos malo que ha podido suceder.

Raimunda.—Calla, calla, asesino, cobarde.

Rubio.....—(dirigiéndose a Esteban): A usted le dicen, señor amo.

El Rubio es un peligroso ejemplar de monomaníaco de poder, de mando. Es peligroso porque para conseguir sus fines no le importa descerrajar un tiro.

Sin llegar a estos extremos, que por ser extremos son anormales, en cuanto a violencia, para conseguir sus propósitos, este ansia de mando late oculto en casi todos los pechos campesinos.

No he visto jamás a un hombre más satisfecho que a un mayoral de dehesa mandando con voz imperiosa a las cuadrillas de ojeadores en una cacería.

De estas ansias de mando, contenidas y comprimidas como el fuego en un volcán, suelen surgir, al menor movimiento de revuelta o motín, «campesinos» carniceros que por desgracia conocemos bien los españoles.

Así sientes cómo someramente hemos bosquejado estos cuatro personajes de «La Malquerida» benaventina.

Así son los seres que habitan el campo toledano y así hablan de las cosas que conocen.

Acacia....—Es muy precioso el aderezo.

Eusebio...—Es lo más aparente que se ha encontrao.

Raimunda.—Demasiado para una labradora.

Eusebio...—¡Qué demasiado! Déjame estar. Con más piedras que la Custodia de Toledo lo hubiera yo querido.

* * *

Las cosas que pasan en «La Malquerida» son cosas que pasan siempre porque esos seres también existen y existirán siempre.

Son las pasiones de la humanidad que se incuban y crecen en lugares apropiados. El calor en parajes desérticos y desolados, hace difícil la vida y las circunstancias. Por eso de estas cosas sabemos bastante los españoles. Mejor que saberlas las comprendemos.

Comprendemos el misterio, el silencio cerrado y defensivo de los Dominici en el triple crimen de Lurs. Silencio de clan patriarcal y primitivo. Comprendemos y adivinamos el ambiente (6).

Comprendemos que el sol calcinante de los desiertos americanos haga rudos a sus habitantes. Sangre hirviendo y rabia física. Comprendemos la sensualidad, la crueldad de «Duelo al sol». También América del Norte supo «ver» «La Malquerida» (7).

Cambian las ropas, las costumbres locales, la época, el léxico, el idioma y sus «modismos», pero el fondo sigue siendo siempre el mismo.

El «secreto» está en saber aclimatar y aclimatarse. Colocar a cada uno en su sitio.

Lo demás es sobradamente conocido, y por conocido siempre interesante. Es la humanidad que se quiere ver una y mil veces en los espejos de las mil caras en un constante y morboso deseo narcisista. Y una y mil veces, como Narciso, la humanidad se ahoga porque no le sirven desgraciados «ejemplos» en cabeza ajena.

Vienen las cosas como son y la humanidad no puede evitarlas. Ríe, sufre, goza, se atormenta, disfruta, padece, ama, se venga, reza, maldice y muere.

En tierras de Toledo, como es natural, también pasan estas cosas.

La fórmula no puede ser más orteguiana: el «yo» de cada cual y las «circunstancias» que le rodean. Eso es todo y además parece sencillo.

FRANCISCO ZARCO MORENO

Toledo a 14 de Julio de 1955.

(6) Alfonso Sastre estrenó en la temporada pasada una buena obra dramática, «La Mordaza», basada en este suceso.

(7) De «La Malquerida» se dieron, durante la temporada 1920-1921, 866 representaciones en Broodway. Llevaba por título «The Abhrred», y su intérprete fué Nance O'Neill.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955.

RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 9/1955